

TENDENCIA AMERICANISTA
DE LA OBRA DE ANDRES BELLO

por Arturo Uslar Pietri

Arturo

USLAR PIETRI



En la segunda entrega de esta publicación, correspondiente al mes de julio de 1958, insertamos el trabajo intitulado "Clasicismo y Romanticismo en la Obra de Andrés Bello", del Dr. ARTURO USLAR PIETRI, que como dijimos en aquella ocasión, constituye la primera parte de una conferencia dictada por su autor en el Auditorio del Instituto Pedagógico, en noviembre de 1955, con motivo de la "Semana de Andrés Bello".

"BOLETIN" se complace en recoger, en las páginas que siguen, la segunda parte de dicha conferencia, "Tendencia Americanista de la Obra de Andrés Bello", al propio tiempo que ratifica su complacencia por contar entre sus colaboradores al Dr. Uslar Pietri, una de las más representativas cifras de la intelectualidad venezolana en la hora actual.

R. P-D.

TENDENCIA
AMERICANISTA
DE LA OBRA DE
ANDRES BELLO

por
Arturo
USLAR PIETRI

(Fragmentos de una conferencia)

Bello es, conscientemente, y no quiere ser otra cosa que un hombre de América. Su americanidad es el rasgo más permanente y continuo de su pensamiento. Su tema es América, la audiencia a la que se dirige es americana, americanos son sus sentimientos y sus conceptos. El propósito de servir a América es predominante en su poesía, en su manera de entender la ciencia y sus aplicaciones, en su concepción del destino.

El interés por la naturaleza, que tanto despertó en él Humboldt, es una de las notas básicas de su americanidad. Conoce las plantas, los animales, los climas, los fenómenos naturales de aquel mundo al que se ha consagrado con religiosa vocación.

En sus más antiguos poemas, escritos en Caracas, asoma la voluntad de señalar el matiz americano. Aun en el momento de la

imitación clásica pondrá su aroma criollo y dirá en la *Oda al Anauco*:

“...y ante la triste tumba,
de funerales ramos
vestida, y olorosa
con perfumes indianos,
dirá llorando Filis:
Aquí descansa Fabio”.

Esos “perfumes indianos”, que atrabiliariamente impone a la Filis virgiliana, nacen de la misma voluntad que lo lleva a cantar, en un soneto jugueteón, aquel Distrito de Aragua donde sueña en llevar una vida mansa y apartada.

Durante su permanencia en Inglaterra la vocación por lo americano se hace en él más profunda y decidida. La nostalgia del desterrado aviva en él ese sentimiento. Todo cuanto en esa época realiza parece hacerlo pensando en América. La *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano* dicen claramente con su nombre el propósito que persiguen. No sólo en las divulgaciones de conocimientos que publica con fines didácticos, en la crítica de obras americanas o de provecho para los americanos, sino además y sobre todo en los dos grandes poemas que entonces lanza como anticipo de la vasta empresa de un canto total que se llamará *América*.

La *Alocución a la Poesía* (1823) se abre con una solemne invocación en la que invita a la deidad a dejar la “cultura Europa” y a trasladarse a la “grande escena” del “mundo de Colón”. La incita a abandonar esa “región de luz y de miseria” donde el predominio de la Filosofía, “que la virtud a cálculo somete” la ha desplazado, para venirse al Nuevo Mundo donde “viste aún su primitivo traje la tierra, al hombre sometida apenas” y donde “en su seno feliz cría y esmera” “las riquezas de los climas todos, América, del Sol joven esposa, del antiguo Oceano hija postrera”.

Pedro Henríquez Ureña (1) dice de este poema que es el primero en que se hace explícito el deseo de independencia intelectual de Hispanoamérica. Es la primera declaración de autonomía de las letras del mundo criollo. Bello no sólo da el ejemplo sino que formula la misión del poeta hispanoamericano en términos inequívocos. No es tiempo de traducir o imitar a Vir-

gilio, sino de que surjan quienes hagan para ese mundo lo que Virgilio hizo para el mundo romano:

*“Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún Marón americano, ¡oh diosa!,
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona...”*

La Agricultura de la Zona Tórrida (1826) es el poema descriptivo con que Bello abre el tomo inicial del *Repertorio Americano*. Es una rica enumeración de la naturaleza de los trópicos, con el suntuoso desfile de todas las plantas que conoció en su valle natal. El predominio del paisaje en la literatura es un rasgo de lo americano frente a lo español, y en Bello ese rasgo adquiere todo el significado de un manifiesto en la *Silva* ejemplar, que ofrece a los hombres de su vasta tierra y de su confuso tiempo.

Por ese mismo tiempo, al hacer el elogio de las poesías de José María Heredia, declara hallar: “más novedad y belleza en las que tratan asuntos americanos”.

Y es también entonces cuando en la carta en verso que dirige a Olmedo, el cantor de Junín, que estaba en París, le formula este rígido programa de americanidad:

*“Te manda el cielo que el laurel del Pindo
trasplantes a los climas de occidente,
do crece el ananás y el tamarindo;
do en nieves rebozada alza la frente
el jayán de los Andes, y la vía
abre ya a nuevos hados nueva gente”.*

Esta nueva gente que prepara nuevos hados, distintos de los de Europa, es su gente americana. Es en ella en quien piensa, es para ella para quien allega sabiduría, es a ella a la que ha consagrado su servicio.

En la etapa de Chile es cuando se hace más lúcida y explícita su preocupación por lo americano. Se ha incorporado entonces definitivamente a la ansiada tarea de hacer a América.

Piensa que América debe estar abierta para recibir el legado universal de los hombres: “Todos los pueblos que nos han precedido han trabajado para nosotros”. Pero piensa igualmente

que el Nuevo Mundo ni puede ni debe resignarse a recibir pasivamente las enseñanzas europeas, sino que, con los instrumentos y los conocimientos recibidos de Europa, debe abrirse su propio camino.

En el Discurso inaugural de la Universidad de Chile esboza claramente ese programa de americanidad. Pero donde con más precisión lo formula es en el discurso pronunciado en el aniversario de la Universidad, el 29 de octubre de 1848, que todavía hoy está lleno de vigorosa audacia para los oídos pacatos y colonialistas. Dice allí: "¿Estaremos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad? Si así lo hiciésemos, seríamos infieles al espíritu de esa misma ciencia europea, y le tributaríamos un culto supersticioso que ella misma condena. Ella misma nos prescribe el examen, la observación atenta y prolija, la discusión libre, la convicción concienzuda. . . La historia chilena, por ejemplo, ¿dónde podrá escribirse mejor que en Chile? . . . Pocas ciencias hay que, para enseñarse de un modo conveniente, no necesitan adaptarse a nosotros, a nuestra naturaleza física, a nuestras circunstancias sociales. . . ¿No seremos nosotros capaces de hacer en el siglo XIX lo que hizo en el XVI el jesuita español José de Acosta, cuya historia natural y moral de las Indias, fruto de sus observaciones personales, es consultada todavía por el naturalista europeo? . . . La ciencia europea nos pide datos. ¿No tendremos siquiera bastante celo y aplicación para recogerlos?, ¿no harán las repúblicas americanas en el progreso general de las ciencias más papel, no tendrán más parte en la mancomunidad de los trabajos del entendimiento humano, que las tribus africanas o las islas de Oceanía? Yo podría extender mucho más estas consideraciones, y darles nueva fuerza aplicándolas a la política, al hombre moral, a la poesía, y a todo género de composición literaria; porque, o es falso que la literatura es el reflejo de la vida de un pueblo, o es preciso admitir que cada pueblo de los que no están sumidos en la barbarie es llamado a reflejarse en una literatura propia, y a estampar en ella sus formas" (2).

El interés por lo americano es la nota más constante en el espíritu de Bello. Es muy poco lo que ha quedado de su pluma o lo que sabemos de su actividad que, directa o indirectamente, no haya estado consagrado al servicio de América.

Cerca de la mitad de las poesías originales que de él nos han

llegado son de tema americano, y hasta en las traducciones e imitaciones suele deslizársele una intención americana, que es visible, por ejemplo, en *Olimpio* y en *La Oración por Todos*.

En los trabajos críticos y divulgativos la proporción es todavía mayor. No sólo cuando glosa o critica obras relacionadas con el Nuevo Mundo, que son las más, como en el caso de Prescott, de *La Araucana*, de Heredia, de Olmedo, de Fernández Madrid, de Fernández de Navarrete, de Lastarria o de Varela. También lo hace al referirse a obras e informaciones científicas europeas en las que parece destacar lo que es útil o ejemplar para la gente criolla. Así lo hace al hablar de un curso de filosofía, del *Libro de las Madres*, de Escuelas Dominicales en Inglaterra, de ciencias naturales, del estudio del latín, de hospitales, de vías de comunicación, de ciencias físicas, de pesos y medidas o de educación.

Este propósito americanista está también presente en los que pudieran parecer los estudios literarios y críticos más desinteresados, como los que consagra al teatro, a Cienfuegos, a Hermosilla, a Lista, a las leyendas de Mora o a los romances del Duque de Rivas. En ellos, al fijar su posición frente a las escuelas literarias, es obvio que lo hace con un propósito normativo dirigido a los hispanoamericanos.

Sus mismas investigaciones sobre la literatura medieval y los orígenes de la poesía castellana no están desviados de ese propósito predominante y siempre presente en la obra de Bello.

Ese móvil de todas las horas se advierte diáfano en sus estudios de la lengua. "Uno de los estudios que más interesan al hombre es el del idioma que se habla en su país natal. Su cultivo y perfección constituyen la base de todos los adelantamientos intelectuales. Se forman las cabezas por las lenguas, dice el autor del *Emilio*, y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas". Así lo afirmaba Bello desde 1823, en el artículo que sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América, escrito en colaboración con García del Río, publicó en la *Biblioteca Americana*.

Lo que se propone en este primer estudio es simplificar la ortografía para hacer más fácil a los americanos la adquisición de "los dos artes primeros, que son como los cimientos sobre que descansa todo el edificio de la literatura y de las ciencias: leer y escribir". Pero también manifiesta el propósito ulterior, más vasto, de que con ello "se allane el camino a los cuerpos literarios que hayan de dar en América una nueva dirección a los estudios".

Desde su llegada a Chile ese propósito se hace mucho más activo y constante. Es entonces cuando publica sus *Advertencias sobre el uso de la lengua castellana dirigidas a los padres de familia, profesores de los colegios y maestros de escuela*, que aparecen en sucesivas ediciones de *El Araucano*, como una guía práctica para combatir los más graves vicios que predominan en la lengua hablada de los chilenos de aquel tiempo.

Esos fines americanos culminan más tarde en la obra monumental de su *Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los americanos*, que aparece en 1847.

“Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América”, dice. Juzga importante la conservación de la unidad de la lengua “como un medio providencial de comunicación” entre las varias naciones de origen español.

El peligro de que las fuerzas disgregadoras del uso nacional llegaran a corromper la lengua común, confiesa, “ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra, bajo tantos respetos superior a mis fuerzas”. Ha sentido como el llamado a una misión heroica y se ha dado a ella.

En otro lugar tengo dicho que hay una curiosa correspondencia entre las figuras de Nebrija y de Bello. Ambos se sienten llamados, en una hora llena de destino para la lengua, a acometer una gran empresa de salvación. El Maestro de Salamanca compone su Gramática, la primera de una lengua moderna, en el preciso momento en que la lengua castellana va a extenderse fuera de sus viejas fronteras históricas a un Nuevo Mundo y lo hace porque sabe que “la lengua es la compañera del imperio”. Bello, a su vez, compone la suya en el momento en que, roto el lazo político colonial, termina el imperio y con él la autoridad metropolitana, y comienza el tiempo de las nacionalidades americanas, en el que lo más importante es salvar la unidad fundamental de la lengua “como un medio providencial de comunicación”.

Esa salvación no consiste para Bello en el purismo exagerado o en la subordinación de lo americano a lo castellano. “Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada”.

Pero aquí como en todo, el sentido de la medida y de la proporción domina el pensamiento de Bello. Piensa que América tiene un destino propio que realizar, pero está lejos de propug-

nar la rebelión contra Europa y la alegre aceptación de una especie de nueva barbarie.

En la polémica con Sarmiento aparece claro ese matiz básico de su americanidad. Sarmiento había dicho: "Ni reconocemos magisterio literario en ningún país, menos en ningún hombre, menos en ninguna época. Rehusamos pues lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la *expresión* y nada a la *idea*, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso al alcance de la multitud ignorante aún; literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que constituimos; toda de verdad, como es de verdad nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza misma; joven, en fin, como el estado que constituimos. Libertad en literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra. El entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y de lo sublime".

La expresión de Sarmiento es oscura y contradictoria. Bello estaba de acuerdo, y lo había expresado repetidas veces, en que la literatura es la expresión de la sociedad. Pero no podía admitir que la sociedad hispanoamericana fuera enteramente nueva y nada debiera al pasado, él que sabía sabiamente que "todos los pueblos que nos han precedido han trabajado para nosotros". Tampoco podía estar de acuerdo con la abolición libertaria de toda regla, él que se había dado a civilizar, educar y orientar, y menos aún con la juvenil explosión sarmentiana de que "el entusiasmo es la gran regla del escritor" (3).

La posibilidad de ese anarquismo literario la consideraba con horror. De allí no podía venir civilización, sino mayor suma de barbarie, de aislamiento y de ignorancia. El no puede aceptar ni un americanismo que fuera la expresión de destructores instintos primarios, ni una literatura que no tuviera otra norma que el peligroso y deleznable entusiasmo. Todo el esfuerzo de su vida iba precisamente dedicado a evitar que su gente americana diera de través en esos mortales escollos.

Su posición ante la cuestión americana es de igual ponderación y equilibrio que su posición ante el romanticismo.

Lo que había en él de fundamental tendencia americanista se reforzaba en lo que tenía de romántico. El gusto de lo local por encima de lo universal, de lo peculiar y subjetivo por sobre

lo abstracto y racional, la admisión del particularismo histórico y del localismo literario, en que estaba de acuerdo con el romanticismo, favorecían su tendencia a pensar en americano y a favorecer el desarrollo de una ciencia y de un arte que fueran expresión de la sociedad americana.

Su ideal era, y fué siempre, el del poeta sabio, conocedor de la naturaleza, de la historia y de la ciencia, dedicado al servicio de la civilización de su América. El ideal del "Maron americano" que había estampado en su *Alocución a la poesía* y que nunca dejó de ser el suyo hasta la hora de la muerte.

.....

El propósito de servir a América hace predominante en la obra de Bello el carácter didáctico. Escribió para enseñar, para transmitir conocimientos, para informar y dirigir a los pueblos que le estaban encomendados.

Es un maestro. Estudia incansablemente para enseñar a todas las horas y en todas las formas. Cuando traduce a un poeta es para enseñar poesía, cuando se entrega a una investigación filológica es para revelar las raíces culturales de la sociedad a la que pertenece; cuando escribe crítica lo hace con un tono docente y orientador. Sus momentos más plenos son aquellos en que, al amparo de su rica biblioteca, rodeado de ávidos discípulos, se pasea dialogando, entre bocanadas de su aromático habano, en la socrática tarea de hacer alumbrar los espíritus.

Como legislador, como escritor, como divulgador, toda su obra y su vida estuvieron dirigidas a servir a la formación de sus hermanos, "los habitantes de Hispano-América". Por esa razón acomete las vastas empresas de redactar un Código Civil, de rehacer la Gramática de la lengua castellana, de reformar la ortografía, de escribir un tratado de filosofía y otro de derecho internacional; de organizar una historia de la literatura y una métrica; y de fundar una universidad adaptada a las necesidades propias de un mundo nuevo.

Ese propósito de orientar y educar llega hasta los momentos más altos de su poesía. ¿Qué es la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* sino un catecismo de vida para la gente criolla y un programa de acción pública para las nuevas patrias?

Toda su obra y el hacer de su vida son como una *paideia*, en el sentido que Werner Jaeger le da a esta palabra para el mundo griego: "La educación del hombre de acuerdo con la verdadera forma humana, con su auténtico ser" (4).

Lo que el recibe del romanticismo, por ejemplo, no es lo que él libremente puede aceptar, sino aquello que juzga que puede ser útil a su gente, y en la exacta proporción en que puede ser útil a su gente. El "utile et dulce" de Horacio es la divisa de toda su obra.

Esa finalidad práctica de enseñar, dirigir y encauzar es la disciplina que gobierna el pensamiento de Bello. Su principal misión no es la de descubrir nuevas verdades científicas, o la de crear nuevas bellezas literarias, o la de hacer una obra original, sino la de transmitir a la gente americana, en el campo de la ciencia, de las letras, y de las instituciones, los ejemplos y las enseñanzas que mejor pueden servir para su progreso. Ese es el límite que él mismo ha levantado a los vuelos de su fantasía y a los impulsos de su curiosidad.

En este sentido, él es uno de los primeros que crea el tipo de lo que más tarde habrá de llamarse en Hispano-América: *el maestro de Juventudes*. Estos maestros o guías, que florecieron desde el siglo XIX hasta nuestros días, fueron grandes figuras intelectuales que se dieron por entero a la tarea de servir de orientadores a sus pueblos. A esta pléyade americana pertenecen Sarmiento, Alberdi, Martí, González Prada, Hostos, Justo Sierra y otros que alcanzan hasta nuestros días.

Esto ha hecho decir más tarde, a quienes han estudiado la historia del pensamiento hispanoamericano, que es un pensamiento aplicado a objetos inmediatos, un pensamiento didáctico y casi pragmático, un pensamiento de "educadores de sus pueblos".

Es en esa forma en la que Bello atiende su misión de hombre de pensamiento. Una inteligencia dedicada al servicio del interés general, que rehusa desviarse en ninguna finalidad meramente especulativa o propia.

Sin embargo, hay una profunda diferencia que conviene puntualizar, entre esta manera de entender la misión del intelectual y lo que hoy se llama la "literatura comprometida". Bello no está al servicio de ninguna secta, ni su tarea es la de propaganda de una doctrina impuesta. Libremente busca en el campo de la historia y de los conocimientos humanos lo que considera mejor y más adecuado para la formación del pueblo hispanoamericano y eso se dedica a transmitirlo por medio de la persuasión, del ejemplo, de la enseñanza. Está al servicio de un pueblo y para él busca libremente lo mejor que puede hallar en lo que los pueblos del pasado han trabajado para nosotros, que es cosa funda-

mentalmente distinta de estar al servicio de una doctrina o de una parcialidad y tratar por todos los medios de imponérsela a un pueblo. El no es un propagandista de ideas, sino un buscador de verdades. Un buscador de verdades que reconoce su condición falible y que mira en la libertad de información, de pensamiento y de investigación la garantía preciosa contra la posibilidad de que el error llegue a entronizarse y a predominar. La que él invoca solemnemente es, precisamente: "la libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano".

Su discurso de instalación de la Universidad de Chile, del que proviene la frase citada en el párrafo anterior, es como el excelso compendio no sólo de la misión de la universidad, como él la concibe, sino también, en cierto modo, de los objetivos de la actividad intelectual en tierra americana. Esa misión es la que deriva naturalmente de lo que él llama el "celo por la difusión de las luces y de los sanos principios" (5).

No debe coartarse el cultivo de las ciencias y las letras ni por pretextos de moral, ni de política. Hay que abrirle campo al deseo de aprender y a la curiosidad de la investigación. Ni la sociedad, ni el hombre, pueden alcanzar su desarrollo si se les priva del libre acceso al conocimiento de la verdad. Es ésta la concepción cabal del humanismo bellista: "Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una. No se puede paralizar una fibra (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen".

No concibe la Universidad como un claustro de sabios entregados a solitarias investigaciones, sino, por el contrario, como "un cuerpo eminentemente expansivo y propagador". Un "depósito" de donde se derraman los conocimientos "por las diferentes clases de la sociedad".

Pero su concepción llega todavía a más, cuando declara: "...la utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la universidad el gobierno; es lo que principalmente debe recomendar sus trabajos a la patria".

Ese programa de acción es el mismo que él ha aceptado para su actividad intelectual y el que él propone a los hombres de pensamiento hispanoamericanos. Un ideal de servir, que consis-

te en poner antes que las satisfacciones individuales de la inteligencia, las obligaciones del intelectual para con la sociedad.

Esta manera de entender la misión del hombre de pensamiento es de lo más vivo y ejemplar que Bello nos haya dejado, y es la nota más americana de su ingente personalidad.

Esa es la calidad fundamental del maestro que asoma siempre al través de toda su obra. La noble calidad del servidor. La que hace que lo sigamos viendo con los mismos ojos con que lo pudo ver su discípulo Vicuña Mackenna, y que podamos hacer nuestras, de americanos de hoy, aquellas conmovidas palabras suyas: "... para la generalidad de los hombres, don Andrés Bello pudo ser en su larga carrera un levantado prócer del saber, un espíritu superior, un profesor eximio, un sabio universal; y todo eso en verdad fué en grado eminentísimo. Mas para aquellos que lo conocimos de cerca, en lo que podría llamarse la intimidad del respeto, para aquellos que escuchamos sus luminosas pláticas de la cátedra y del hogar, para aquellos que en la ruda enseñanza del espíritu recibimos de su indulgente juicio el primer estímulo, para esos don Andrés Bello fué algo más que un crítico, un profesor y un poeta esclarecido, porque fué el dulce, el venerado y ya extinguido tipo del "maestro" de la edad antigua".

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) En "Literary Currents in Hispanic America", Cambridge, Mass., 1945, p. 99.
- (2) "Obras Completas de don Andrés Bello", 15 vols., Santiago, 1881-1893. Tomo VIII, p. 353.
- (3) "Obras" de D. F. Sarmiento, Santiago, 1887, Tomo I.
- (4) W. Jaeger, "Paideia", México, 1942.
- (5) "Obras Completas de don Andrés Bello", 15 vols., Santiago, 1881-1893. Tomo VIII, pp. 303-318, passim.